



Índice:

- La fe justicia de Dios***
- .- Ha vencido el León de la tribu de Judá***
- .- Triturado por nuestros crímenes.***
- .- Junto a la Cruz estaba su Madre.***
- .- Se humilló así mismo***
- .- Dios no perdono a su propio hijo***

LA FE, JUSTICIA DE DIOS

Un hombre, que era también creyente y poeta, contó así, en tercera persona, la historia del mayor acto de fe de toda su vida. Un hombre — dice, y sabemos que ese hombre era él— tenía tres hijos y un día cayeron enfermos. A su mujer le entró tal miedo, que tenía la mirada fija en su interior y el ceño fruncido y ya no hablaba ni una palabra. Pero él era un hombre, y no tenía miedo de hablar. Había comprendido que las cosas no podían seguir así. Y entonces hizo algo muy osado. Hasta él mismo se admiraba un poco de lo que había hecho, y la verdad es que había sido un acto audaz. Como quien coge a tres niños del suelo y los pone a los tres juntos a la vez, como bromeando, en brazos de su madre o de su nodriza, que se echa a reír o prorrumpe en exclamaciones porque son demasiados y no puede con todos, así él, con la audacia de un hombre, había cogido —con la oración— a sus hijos enfermos y los había puesto tranquilamente en brazos de Aquella que carga con todos los dolores del mundo (había hecho una peregrinación de París a Chartres para poner a sus hijos en brazos de la Virgen). "Mira —le dijo—, te los entrego y me largo y desaparezco para que no me los devuelvas. Ya no los quiero, ¿lo oyes?" ¡Cómo se alegraba de haber tenido valor para hacer eso! Desde aquel día todo marchó bien, naturalmente, pues se encargaba de ellos la Santísima Virgen. Y hasta resulta curioso que no hagan lo mismo todos los cristianos. Es tan sencillo...; nunca pensamos en lo que es sencillo. En fin, que somos tontos, es mejor decirlo de una vez (Cf CH. Péguy, *El pórtico de la segunda virtud*, en *Ouvres poétiques compktes*, París, ed. Gailimard, 1975, p. 556ss.)



Reflexiones Católicas.

He comenzado, de manera un poco insólita, con la historia de ese "golpe de audacia", porque en este día la palabra de Dios nos invita a que demos también nosotros un golpe así. Jesús, para explicar por adelantado el sentido de su muerte en cruz, dijo un día: "Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna" (Jn 3,14). Así pues, creer es la gran obra que tenemos que realizar el Viernes Santo ante Jesús crucificado. Él ha sido "elevado" en la cruz y allí está, misteriosamente, hasta el fin del mundo (aunque resucitado), para que la humanidad, contemplándolo, crea.

¿Y qué es lo que tenemos que creer? Escribe san Pablo en la carta a los romanos: "Ahora se ha manifestado la justicia de Dios... Por la fe en Jesucristo viene esa justicia de Dios a todos los que creen, sin distinción alguna. Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios". Todos, sin distinción; la única distinción consiste en que algunos lo saben, otros lo desconocen y otros lo han olvidado. "Y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús, a quien constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre" (Rm 3,21-25).

Eso es lo que tenemos que creer: que en Cristo Dios nos ofrece la posibilidad de ser justificados mediante la fe, es decir de volvernos justos, de ser perdonados, salvados, de ser hechos criaturas nuevas. Este es el significado de "justicia de Dios". Dios se hace justicia, siendo misericordioso.

En esta nueva creación se entra por medio de la fe. "Convertíos y creed", decía Jesús al comienzo de su ministerio (cf. Mc 1,15); convertíos, o sea creed, ¡convertíos creyendo! ¡Entrad en el reino que ha aparecido en medio de vosotros! Y eso mismo repiten después de Pascua los apóstoles, refiriéndose al reino que ya ha llegado definitivamente y que es Cristo crucificado y resucitado.

La primera y fundamental conversión es la fe en sí misma. La fe es la puerta por la que se entra en la salvación. Si se nos dijera: la puerta es la inocencia, la puerta es la observancia meticulosa de los mandamientos, es tal o cual virtud, podríamos decir: Eso no es para mí. Yo no soy inocente, no tengo esa virtud. Pero se nos dice: la puerta es la fe. ¡Cree! Esa posibilidad no está demasiado elevada para ti, ni demasiado lejos de ti; no está al otro lado del mar; al contrario, "la palabra está cerca de ti: la tienes en los labios y en el corazón. Es la palabra de la fe que os anunciamos. Porque si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás" (Rm 10,8-9).



Reflexiones Católicas.

Pero hay muchas clases de fe: la fe-asentimiento, la fe-confianza, la fe-obediencia. ¿De qué se trata aquí? Se trata de una fe muy especial: de la fe-apropiación. De la fe que es capaz de dar un "golpe de audacia". "Yo —es san Bernardo quien habla— todo lo que me falta me lo apropio con confianza en el corazón del Señor, porque está lleno de misericordia. Pues si grande es la misericordia del Señor (cf. Sal 119,156), tendré abundancia de méritos. ¿Y qué será de mi justicia? Sólo me acordaré de tu justicia, Señor, pues tu justicia es también la mía, ya que tú eres para mí justicia de parte de Dios" (SAN BERNARDO DE CI ARAVAL, *Homilías sobre el Cantar de los Cantares*, 61, 4-5 (PL 183, 1072). En efecto, está escrito que Cristo Jesús se ha hecho para nosotros "sabiduría, justicia, santificación y redención" (1 Co 1,30).

Todas estas cosas son "para nosotros", es decir son nuestras. La obediencia de Cristo en la cruz es mía, su amor al Padre es mío. Su misma muerte nos pertenece y es nuestro mayor tesoro, un título de perdón que ningún pecado nuestro, por grande que sea, puede anular. Es como si nosotros mismos hubiésemos muerto, destruyendo así en nosotros "el cuerpo del delito". "Si uno murió por todos, todos murieron" (2 Co 5,14).

Verdaderamente, nunca pensamos en lo sencillo. Y esto es lo más sencillo, lo más claro de todo el Nuevo Testamento, ¡pero cuánto camino hay que hacer hasta llegar a descubrirlo! Es ése un descubrimiento que se hace generalmente al final, y no al principio, de la vida espiritual. Y, en definitiva, se trata simplemente de decir "sí" a Dios. Dios había creado al hombre libre, de manera que pudiese aceptar libremente la vida y la gracia y aceptarse a sí mismo como criatura favorecida, agraciada por Dios. Sólo esperaba su "sí". Sin embargo, recibió de él un "no". Y Dios ofrece al hombre una segunda oportunidad, una especie de segunda creación, un volver a empezar. Le presenta a Cristo en la cruz como "expiación" por él y le pregunta: "¿Quieres vivir para él y en él?" Creer significa decirle: "¡Sí, quiero!" y ser así una criatura nueva, "creada en Cristo Jesús" (cf. Ef. 2,10).

Éste es el "golpe de audacia" del que hablábamos, y ciertamente es para extrañarse de que sean tan pocos los que lo dan. Un Padre de la Iglesia —san Cirilo de Jerusalén— explicaba así, con otras palabras, esa idea del golpe de audacia de la fe: "¡Oh inmensa bondad de Dios con los hombres! Los justos del Antiguo Testamento agradaron a Dios durante muchos años en medio de fatigas; pero lo que ellos lograron alcanzar mediante un largo y heroico servicio agradable a Dios, Jesús te lo da a ti en el breve espacio de una hora. Porque si crees que Jesucristo es el Señor y que Dios lo ha resucitado de entre los



Reflexiones Católicas.

muestrados, te salvarás y te introducirá en el paraíso el mismo que introdujo en él al buen ladrón" .

Imagínate —decía otro escritor antiguo- que haya tenido lugar en el estadio una lucha épica. Un hombre intrépido se ha enfrentado al tirano y con gran trabajo y sufrimiento lo ha vencido. Tú no has luchado, no te has cansado ni has quedado herido; pero si admiras al héroe desde el estrado, si te alegras de su victoria, si le trenzas coronas, si excitas y animas para él a los espectadores, si te inclinas feliz ante el triunfador y lo besas en la frente, en una palabra, si te entusiasmas con él hasta el punto de considerar como tuya su victoria, entonces tendrás ciertamente parte en el premio del vencedor. Pero aún hay más: suponte que el vencedor no necesite lo más mínimo el premio que ha conquistado, sino que desee más que ninguna otra cosa ver honrado a su admirador y que, como premio a su combate, quiera ver coronado a su amigo: en ese caso, ¿no obtendrá éste la corona, aunque él no se haya cansado ni sudado? Eso es lo que ocurre entre nosotros y Cristo. Aunque aún no nos hayamos cansado ni hayamos luchado (es decir, aunque todavía no tengamos méritos), no obstante, mediante la fe ensalzamos (como lo estamos haciendo en esta liturgia) la lucha de Cristo, admiramos su victoria, veneramos su triunfo y le demostramos, como a un héroe, nuestro ardiente e indecible amor; hacemos nuestras aquellas heridas y aquella muerte (4 Cf N. CABASILAS, *Vida en Cristo*, 1, 5 (PG 150, 517)).

En el Antiguo Testamento, en el libro de las Crónicas, leemos que, ante la inminencia de una batalla decisiva para la supervivencia del pueblo de Israel, Dios pronunció estas palabras por boca de un profeta: "No tendréis necesidad de combatir; estad quietos y firmes contemplando cómo os salva el Señor" (2 Cro 20,17). Esas palabras encontraron su pleno cumplimiento en la suprema batalla de la historia, en la batalla que trabó Jesús con el príncipe de este mundo.

Gracias a la fe, nosotros recogemos donde no sembramos; no hemos sostenido la batalla, pero recogemos el premio. Esta increíble oportunidad Dios se la ofrece al hombre en Cristo. Y constituye el único verdadero "negocio" de nuestra vida, porque dura para siempre y nos hace "rico ~ para toda la eternidad. ¿No es acaso esto un increíble golpe de fortuna?

Dice san Pablo: "Ahora se ha manifestado la justicia de Dios". Ese ahora significa, en primer lugar, la hora histórica en que Cristo murió en la cruz; luego significa la hora sacramental de nuestro bautismo, cuando fuimos "lavados, consagrados y perdonados" (cf. 1 Co 6,11); y finalmente significa la hora presente, el hoy de nuestra vida. Esta hora que estamos viviendo. Hay, pues, algo que debe hacerse ahora, sin tardanza; algo que yo —y no otro en mi lugar— tengo que hacer y sin



Reflexiones Católicas.

lo cual todo se queda como suspendido en el vacío. La justificación por la fe es, sí, el comienzo de la vida sobrenatural, pero no un comienzo que quede pronto superado por otras acciones u otros deberes, sino un comienzo siempre actual, que hay que hacer o que renovar de continuo, como todo comienzo del que nace una vida. Dios es siempre el primero que ama y el primero que justifica, y de manera gratuita; por eso el hombre debe siempre dejarse justificar gratuitamente por medio de la fe. "Para todo hombre —leemos en una antigua homilía atribuida a san Juan Crisóstomo—, el comienzo de la vida es aquel en que Cristo se inmola por él. Pero Cristo se inmola por él en el momento en que él reconoce esa gracia y toma conciencia de la vida que le otorga esa inmolación"⁵. (*Antigua homilía* atribuida a san Juan Crisóstomo).

Así pues, en este mismo momento Cristo se está inmolando por nosotros; todo se vuelve real, actual y operante para nosotros si tomamos conciencia de lo que Cristo ha hecho por nosotros, si lo ratificamos con nuestra libertad, si saltamos de alegría y damos gracias por lo que ha tenido lugar en la cruz. Yo puedo volverme a casa esta tarde con el botín más precioso que puede existir; puedo dar un golpe de mano de tal envergadura, que pueda felicitarme por él a mí mismo por toda la eternidad. Puedo volver a poner mis pecados en los brazos de Cristo crucificado, como hizo aquel hombre que puso a sus tres hijos enfermos en brazos de la Santísima Virgen y luego se fue, sin volver la cabeza, por miedo a tener que volverlos a coger. Puedo, por tanto, presentarme lleno de confianza al Padre celestial y decirle: "Ahora mírame, mírame, Padre, porque ahora yo soy tu hijo Jesús. Su justicia ha caído sobre mí, él me ha vestido un traje de salvación y ha envuelto en un manto de justicia" (cf. Is 61,10). Cristo ha cargado con mi iniquidad y yo he cargado con su santidad. Me he "revestido" de Cristo (Ga 3,27). "Goce el Señor con sus obras" "*Laetetur Dominus in operibus suis*" (Sal 104,31). En el día sexto de la nueva semana creadora, el de la muerte de Cristo, Dios mira de nuevo su creación y vuelve a ver que es "muy buena".

¿Dónde queda el orgullo? Queda excluido (Rm 3,27). Ya no hay lugar para aquella terrible carcoma que echó a perder la primera creación. ¡Todo es gracia! "Nadie puede salvarse ni dar a Dios un rescate" (Sal 49,8). Es Dios quien nos ha rescatado con la sangre de Cristo. Queda, pues, excluido el orgullo. Y sin embargo, sí que hay algo de lo que el hombre puede gloriarse: puede gloriarse "de la cruz de nuestro Señor Jesucristo"; "el que se gloríe, que se gloríe en el Señor" (1 Co 1,31). ¡Poder gloriamos de Dios! ¿Qué mayor orgullo que éste puede haber en el cielo y en la tierra? ¿Quién podrá seguir siendo tan tonto que quiera cambiar este motivo de orgullo por la propia justicia? Nosotros, Señor, nos gloriaremos de ti. ¡Por toda la eternidad!



HA VENCIDO EL LEÓN DE LA TRIBU DE JUDÁ

Los cristianos tenemos un comentario auténtico al relato de la Pasión que acabamos de escuchar, un comentario que salió de la pluma del propio evangelista Juan, o, en cualquier caso, de la pluma de uno de sus discípulos más cercanos, que vivió a su lado y se alimentó de su pensamiento. Se trata del capítulo quinto del Apocalipsis. Ambos textos se refieren al mismo acontecimiento del Calvario, que el cuarto evangelio narra de manera histórica y el Apocalipsis interpreta y celebra de manera profética y litúrgica.

En el capítulo quinto del Apocalipsis, el acontecimiento pascual aparece presentado en el marco de una liturgia celestial, pero inspirándose en el culto real y terrestre de la comunidad cristiana de aquel tiempo. Al leerlo, todos podían percibir en él los rasgos de lo que celebraban en sus asambleas litúrgicas. La liturgia pascual en que se inspira san Juan, tanto para el evangelio como para el Apocalipsis, es la cuartodecimana, que celebra la Pascua el mismo día en que la celebraban los judíos, el 14 de Nisán, o sea en el aniversario de la muerte de Cristo, en vez de en el aniversario de la resurrección. Para entendernos, la liturgia que pone como centro de todo el Viernes de parasceve y que contempla incluso la resurrección a partir de él. Sabemos por la historia que las siete iglesias de Asia Menor a las que va dirigido el libro del Apocalipsis seguían todas ellas la praxis cuartodecimana. De una de ellas, de Esmirna, fue obispo un discípulo de Juan, san Policarpo, que hacia la mitad del siglo II viajó a Roma precisamente para discutir con el papa Aniceto la cuestión de la diferencia en la fecha de Pascua. De otra, de Sardes, fue obispo el famoso cuartodecimano Melitón.

El capítulo quinto del Apocalipsis es, pues, el mejor comentario a lo que estamos celebrando. Se refiere al mismo momento histórico y litúrgico que nosotros estamos reviviendo. Y contiene palabras de Dios, palabras inspiradas, dirigidas a nosotros aquí y ahora. Escuchémoslas.

"Y en la mano derecha —dice— del que estaba sentado en el trono vi un rollo escrito por dentro y por fuera y sellado con siete sellos" (Ap 5,1). Este libro escrito por dentro y por fuera



Reflexiones Católicas.

indica la historia de la salvación, y en concreto las Escrituras del Antiguo Testamento que la contienen. Está escrito por fuera y por dentro —explicaban los Padres de la Iglesia— para decir que se puede leer según la letra y según el Espíritu, es decir en su sentido literal, que es particular y provisorio, o en su sentido espiritual, que es universal y definitivo. Pero para poderlo leer también "por dentro", hay que romper el sello del rollo, que ahora está sellado con siete sellos. La Sagrada Escritura, antes de Cristo, se parece a la partitura de una inmensa sinfonía que yace sobre el papel y cuyo potente sonido no puede escucharse hasta que no se le ponga, en el encabezamiento, la indicación de la clave musical en que hay que leerla. El ministro de la reina Candaces que volvía de Jerusalén leyendo el capítulo 53 de Isaías se dirigió a Felipe preguntándole: "¿De quién dice esto el profeta?, ¿de él mismo o de otro?" (Hch 8,34). (Estaba leyendo el pasaje en que se dice: "Como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca..."). Le faltaba la clave para leerlo.

La visión de Juan prosigue: "Y vi a un ángel poderoso, que gritaba a grandes voces: ¿Quién es digno de abrir el rollo y soltar sus sellos? Y nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el rollo y ver su contenido. Yo lloraba mucho..." Juan -como es propio de la índole misma de la liturgia— nos traslada en espíritu al momento histórico en que ocurren las cosas o en que están a punto de ocurrir. El llanto del profeta evoca el llanto de los discípulos en la muerte de Jesús ("Nosotros esperábamos que él fuera..."), el llanto de la Magdalena junto al sepulcro vacío, el llanto de todos los que "esperaban la redención de Israel".

"Pero uno de los ancianos —prosigue la visión— me dijo: No llores más. Sábetete que ha vencido el león de la tribu de Judá, el vástago de David, y que puede abrir el rollo y sus siete sellos". *iEnikesen! iVicit!* ¡Ha vencido! Este es el grito que el vidente está encargado de hacer resonar en la Iglesia y la Iglesia en el mundo a través de todos los siglos: ¡Ha vencido el león de la tribu de Judá! (el "león de la tribu de Judá" es el Mesías, así llamado por las palabras que pronunció Jacob, en el libro del Génesis, al bendecir a su hijo Judá). El acontecimiento que se esperaba desde siempre, y que lo explica todo, ha tenido lugar. Ya no habrá marcha atrás. Con un ingente esfuerzo, la historia ha desplazado su centro de



Reflexiones Católicas.

gravedad de atrás hacia adelante y ha alcanzado su punto culminante.

Se ha instaurado la plenitud de los tiempos. "Está cumplido — *Consummatum est*", gritó Jesús antes de expirar (Jn 19,30).

Aquel simple verbo en pasado —*enikese*— ha vencido— encierra en sí el principio que da fuerza y consistencia a la historia, el que confiere a un hecho acaecido en un punto del tiempo y del espacio un valor eterno y universal: "Es imposible que no haya ocurrido lo que ha ocurrido: *Impossibile est factum non esse quod factum est*". Nadie conoce mejor que "el príncipe de este mundo" la fuerza tremenda de este principio que representa, para la historia, lo que representa para la metafísica el principio de la no-contradicción. Ya nunca se podrá retroceder a lo que había antes. Nada ni nadie en el mundo, por más que se esfuerce, podrá conseguir que no haya sucedido lo que ha sucedido, es decir que Jesucristo no haya muerto y resucitado, que los hombres no estén redimidos, la Iglesia fundada, los sacramentos instituidos, el reino de Dios instaurado. "Esta es la página que, al volverla, todo lo ilumina, como aquella gran hoja ilustrada del Misal, al comienzo del Canon. Ahí está, resplandeciente y pintada en rojo, la gran página que divide los dos Testamentos. Se abren a una todas las puertas, se disipan todas las oposiciones, se resuelven todas las contradicciones".

. También nosotros hemos escuchado, en esta liturgia, la lectura de Isaías 53 sobre el cordero llevado al matadero, pero no necesitamos preguntarnos, como tuvo que hacerlo el ministro de la reina Candaces, de quién habla el profeta. Nosotros ya sabemos de quién habla, porque el libro ha sido abierto.

¿Cómo y cuándo sucedió todo eso? La visión continúa: "Entonces vi delante del trono, rodeado por los seres vivientes y los ancianos, a un Cordero en pie; se notaba que lo habían degollado". Un Cordero degollado, es decir muerto, y que sin embargo está de pie, es decir ¡resucitado! Cristo, con su muerte y su resurrección, ha realizado, pues, todo eso. Ha explicado las Escrituras cumpliéndolas; o sea, no con palabras, sino con hechos. Juan está pensando abiertamente en la escena del Calvario, cuando Jesús, con su muerte



Reflexiones Católicas.

victoriosa, "cumplió las Escrituras". "Yo vencí -dice el propio Resucitado en el Apocalipsis— y me senté en el trono de mi Padre" (Ap 3,21).

Un poeta se ha imaginado ese relato como si lo hubiera hecho el centurión que estaba presente aquel día en el Calvario:

"Nunca hubo una muerte como ésta, y yo ya he perdido la cuenta...

Su lucha no era con la muerte.

La muerte era su esclava, no su dueña. No era un hombre derrotado...

En la cruz, su lucha era contra algo mucho más serio

que las lenguas amargas de los fariseos. No, la suya era otra lucha...

Al final lanzó un fuerte grito de victoria. Todos se preguntaban qué era aquello, pero yo sé algo de combates y de combatientes. Sé reconocer entre mil un grito de victoria.

La victoria fue precisamente aquella muerte aceptada en total obediencia al Padre y en amor a los hombres. Para el evangelista Juan, la resurrección lo único que ha hecho ha sido sacar a la luz la victoria escondida que tuvo lugar en la cruz. Jesús es "vencedor porque es víctima": "*victor quia victima*" (SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 43).

. Lo mismo que en el altar, después de la consagración, aparentemente nada ha cambiado en el pan y en el vino, mientras que nosotros sabemos que son ya otra cosa respecto a lo que eran antes, así, con la Pascua, aparentemente nada ha cambiado en el mundo, cuando en realidad todo ha cambiado y el mundo se ha convertido en una "nueva creación".

Pero ¿por qué siente Juan la necesidad de recordar estas cosas a la Iglesia de su tiempo? Nos hacemos esta pregunta porque aquí, creo yo, está encerrado el mensaje que tiene para nosotros esta página del Nuevo Testamento. Aquí se nos



Reflexiones Católicas.

desvela el sentido y la finalidad de la liturgia que estamos celebrando.

Un día Juan el Bautista envió a dos de sus discípulos a Jesús para que le preguntaran: "¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?" (Mt 11,3). Por lo visto, el Precursor compartía en cierta medida con sus contemporáneos la espera de un Mesías glorioso y triunfante, y se había quedado decepcionado por la forma de obrar de Jesús, tan afable y sencillo, tan poco apasionado respecto a cómo él se lo había imaginado. En otras palabras, por lo visto también él tuvo su prueba de fe, su "escándalo" acerca de Jesús, como lo tuvieron, por la misma razón, Pedro y los demás apóstoles. Sabemos cuál fue la respuesta que Jesús hizo llegar al Bautista:

"¡Dichoso el que no se escandalice de mí!" (Mt 11,6). Algo semejante se repitió hacia finales de la era apostólica, esta vez en el seno de la comunidad cristiana. La segunda carta de Pedro nos habla de una pregunta que se andaba deslizando acá y allá entre los cristianos: "¿En qué se ha quedado la promesa de su venida? Nuestros padres murieron, y desde entonces todo sigue como desde que empezó el mundo" (1 P 3,4).

El Apocalipsis está escrito para una Iglesia que vive en esa situación y que debe afrontar esa terrible duda. ¿Es verdad que el que tenía que venir ha venido? ¿O no es verdad más bien todo lo contrario, o sea que todo sigue igual? A los discípulos de Cristo se les persigue, se les señala con el dedo, se les excluye de las ventajas que ofrece la sociedad. A la bestia "le permitieron guerrear contra los santos y vencerlos" (Ap 13,7). Y en ese suelo brota la división interna, la herejía, que tiende a desplazar el centro de atención desde la vida real y concreta hacia las especulaciones (la gnosis), con lo que se priva a la vida cristiana de su exigencia de radicalidad y se le permite pactar con las costumbres de los paganos.

A esta Iglesia tentada de desaliento y de "tibieza" y que necesita volver a encontrar su "fervor primero" para afrontar, si fuese necesario, incluso el martirio, precisamente a esta Iglesia le hace llegar el vidente, cual toque de trompeta, aquel potente grito pascual: "*Enikesen*" ¡Ha vencido! Juan quiere transformar a todos los cristianos en "videntes" como él: en



Reflexiones Católicas.

personas que tienen ojos para ver en qué se ha convertido el mundo por la muerte de Cristo.

En la gama de colores hay una zona, situada por debajo del rojo, que no la percibe el ojo humano. Con sus rayos, llamados rayos infrarrojos, pueden percibirse aspectos de las cosas y de nuestro planeta que sin ellos no conoceríamos. La imagen que se obtiene con ellos es completamente distinta a la de la experiencia ordinaria. Pues una cosa así sucede también en el ámbito del espíritu. Hay un aspecto de la realidad -el que no pasa cuando pasa la apariencia de este mundo— que no se ve a simple vista, sino únicamente a la luz de la revelación divina. El hombre natural, por más erudito y sabio que sea, no puede ni siquiera sospechar su existencia. Es la imagen pascual del mundo que resulta de la muerte y resurrección de Cristo; es el mundo, visto como lo ve el mismo Dios. Una imagen que no nos hace ver tan sólo un aspecto más de la realidad, sino que nos hace verlo todo

—incluso las cosas de la tierra— bajo una luz nueva. Juan ha recibido esta imagen, está totalmente empapado de ella, y ahora la transmite a la Iglesia con toda su fuerza profética. "Quien tenga oídos —no se cansa de repetir—, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias" (Ap 2,7ss).

La pregunta y la tentación que por un momento vinieron a la mente del Precursor ("¿Eres tú el que ha de venir...?") y las que acecharon a los cristianos de la segunda generación ("¿En qué se ha quedado la promesa de su venida?") están presentes y operantes más que nunca también en nuestros días. Todo parece seguir igual desde la creación del mundo. También hoy a la bestia "se le permite guerrear contra los santos y vencerlos". Los creyentes y, de forma distinta, todos los rectos de corazón y los hombres de buena voluntad, son con frecuencia perdedores en todos los frentes. En esta situación se deja adivinar el antiguo enemigo, que busca debilitar la resistencia precisamente de las almas más amantes de la verdad y de la justicia y más sensibles al dolor y al mal que hay en el mundo. Y mientras la Iglesia, el día de Viernes Santo, proclama ante el mundo que éste es el día de la gran redención, él les grita a esas almas, martirizándolas: "¡Éste es el día de la gran mentira, éste es el día de la gran mentira! Mirad a vuestro alrededor: ¿acaso se ha redimido algo en el mundo?"



Reflexiones Católicas.

También hoy el acusador cae precipitado "como un rayo" cada vez que hacemos nuestras, por la fe, las palabras del profeta y repetimos: "*Vicit leo de tribu Iuda*: ¡Ha vencido el león de la tribu de Judá" y ha abierto el libro. Todo está redimido, porque también el pecado y hasta la misma muerte han sido redimidos. Y cuanto más inmerso esté en la prueba el que repite esas palabras, cuanto más derrotado y más débil se encuentre, más puro se alzarán su grito y con mayor fuerza hará que tiemble en sus cimientos el poder de las tinieblas, porque entonces su fe se está purificando como la plata en el crisol y sobre todo porque entonces se asemeja más de cerca al Cordero, que resultó vencedor al aceptar ser víctima. Ante el sepulcro de su hermano muerto, Jesús le dijo a Marta: "Te aseguro que, si crees, verás la gloria de Dios" (cf. Jn 11,40). Y eso mismo nos repite a cada uno de nosotros cuando humanamente nos parece que nos encontramos en un callejón sin salida: "Te aseguro que, si crees, verás la gloria de Dios".

Aquí en la tierra, no sólo tenemos fe en la victoria, sino que tenemos ya también victoria en la fe. En la fe, somos ya vencedores, experimentamos ya algo de la vida eterna. El que cree está sentado ya "junto a Jesús en su trono" y "saborea el maná escondido" (cf. Ap 3,21; 2,17). Juan nos lo recuerda con fuerza: "Y ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe" (1 Jn 5,4).

Hubo un tiempo en que era más fácil proclamar esta victoria del Crucificado. "La cruz, que antes era un signo de ignominia, ahora brilla en la corona de los reyes", exclamaban algunos Padres de la Iglesia una vez terminada la era de las persecuciones (SAN AGUSTÍN, *Exposición sobre los Salmos*, 75, 10).

. ¿Acaso no oyó el propio Constantino, en su célebre visión de la cruz, cómo se le prometía: "Con esta señal vencerás: *In hoc signo vinces*"? Pero ahora ya no es así, y precisamente en los países de antigua tradición cristiana. Al Crucificado se lo va echando de todas partes. Por eso, ahora más que nunca es la hora de proclamar que ha vencido el león de la tribu de Judá, como cuando le fue dirigida a Juan esa palabra mientras estaba "desterrado en la isla de Patmos por haber predicado la palabra de Dios y haber dado testimonio de Jesús" (cf. Ap 1,9). "Dichoso el que no se escandalice de mí", sigue diciendo hoy Jesús.



Reflexiones Católicas.

Cuando nos sentimos abrumados por situaciones que superan nuestras fuerzas, o cuando los designios de Dios sobre nuestra vida, sobre nuestros seres queridos o sobre la Iglesia en su conjunto nos parecen un libro sellado con siete sellos y tenemos que cumplir esos designios sin entenderlos, o cuando vemos que hoy también el pobre se hunde sin que a nadie le importe un bledo, entonces es la hora de ponernos de rodillas y gritar con toda nuestra fe: "¡Ha vencido el león de la tribu de Judá y abrirá el libro y sus siete sellos!" En él se les ha dado a todos los vencidos y a las víctimas del mundo una esperanza de que también ellos salgan vencedores.

Está escrito que, en cuanto el Cordero tomó el libro de manos del que se sentaba en el trono, se oyó un coro que resonaba con voz potente de un extremo al otro del cielo y de la tierra y que decía: "Eres digno de tomar el libro y documentos abrir sus sellos, porque fuiste degollado... ¡Eres digno, eres digno!", y está escrito también que al final todos "se postraron rindiéndole homenaje". Eso es lo que, dentro de unos momentos, haremos también nosotros cuando nos postremos para adorar al Crucificado, prolongando aquí en la tierra la liturgia divina del cielo. "Yo lloraba mucho", decía de sí mismo el profeta al comienzo de la visión, y también la Iglesia llora hoy. Lloro por la muerte de su Esposo en la cruz, llora inmersa en las tribulaciones del mundo, llora por la defeción y la dureza de corazón de muchos de sus hijos, llora por sus propias infidelidades. Y a esta Iglesia, de corazón contrito y humillado, reunida en torno al Cordero para seguir a su Pastor, a esta Iglesia se dirigen hoy aquellas palabras rebosantes de júbilo y de esperanza. "¡No llores más! *Enikesen*, que ha vencido el león de la tribu de Judá, el Vástago de David. ¡Ha vencido!".

TRITURADO POR NUESTROS CRÍMENES

"Los que hemos sido bautizados en Cristo -escribe el apóstol Pablo—, fuimos incorporados a su muerte" (Rm 6,3). El ser sumergidos en el agua, al ser bautizados, era, pues, un signo externo y visible de otro "baño" y de otra "sepultura": en la muerte de Cristo. Pero es necesario que lo que al principio ocurrió de manera ritual y simbólica se haga luego realidad, por medio de la fe, a lo largo de la vida, para que no se quede en mero símbolo. Tenemos que realizar un baño salutífero en la pasión de Cristo, sumergirnos espiritualmente



Reflexiones Católicas.

en ella, sentir en nuestra carne todo su frío y su amargura, para salir de allí renovados y con nuevas fuerzas.

Dice el Evangelio que en Jerusalén había una piscina milagrosa y que el primero que se metía en ella cuando se removían las aguas quedaba curado. Nosotros tenemos que meternos en esa piscina, o, mejor dicho, en ese océano que es la pasión de Cristo. Pues eso es el sufrimiento del hombre-Dios: un océano inmenso, sin orillas y sin fondo.

Hay una pasión del alma de Cristo que es el alma de la pasión, es decir lo que le confiere su valor único y trascendente. Otras personas han padecido los sufrimientos corporales que padeció Jesús, y tal vez incluso mayores. Lo que es cierto, en cualquier caso, es que, desde el punto de vista físico, los sufrimientos que han padecido todos los hombres a lo largo de todos los siglos, forman, juntos, una masa más grande que los de Jesús considerados en sí mismos, mientras que todos los dolores y las angustias de los hombres, juntos, no se acercarán nunca, ni de lejos, a la pasión del alma del Redentor.

Esa pasión del alma se encierra toda ella en las siguientes palabras del Apóstol: "Al que no conoció el pecado, Dios lo trató por nosotros como al propio pecado, para que, por medio de él, nosotros sintamos la fuerza salvadora de Dios" (2 Co 5,21). ¡El mismo Hijo de Dios, el Inocente, el Santo convertido en "pecado", el pecado personificado!

En Getsemaní, Jesús ora diciendo: "¡Que pase de mí este cáliz!" (Mt 26,39). En la Biblia, la imagen del cáliz evoca casi siempre la idea de la ira de Dios contra el pecado (cf. Ap 14,10). La "copa del vértigo" la llama Isaías (Is 51,22). "Desde el cielo se revela la ira de Dios contra toda clase de impiedad" (Rm 1,18). Es éste una especie de principio universal. Donde hay pecado, no puede por menos de aparecer el juicio de Dios, su tremendo "¡no!"; de lo contrario, el mismo Dios entraría en componendas con el pecado, se vendría abajo la distinción entre el bien y el mal y el universo entero se derrumbaría sobre sí mismo. La ira de Dios no es como la de los hombres; es otro nombre para indicar la santidad de Dios.



Reflexiones Católicas.

Pues bien, Jesús, en su pasión, es la iniquidad, toda la iniquidad del mundo. Por lo tanto, sobre él se vuelca la ira de Dios. Dios “condenó el pecado en la carne de Cristo” (Rm 8,3).

La correcta comprensión de la pasión de Cristo se ha visto obstaculizada por una visión demasiado jurídica de las cosas, que lleva a pensar que en un lado están los hombres con sus pecados y en otro lado Jesús que sufre y expía la pena merecida por esos pecados, pero quedándose él a distancia; mientras que la relación entre el pecado y Jesús no es una relación indirecta y únicamente jurídica, sino cercana y real. En otras palabras, los pecados estaban sobre él, los llevaba misteriosamente encima, porque había cargado libremente con ellos. “Nuestros pecados -dice la Escritura— él los llevó en su cuerpo” (1 P 2,24). En cierto modo, él se sentía como el pecado del mundo, y ésta es la pasión del alma.

Tenemos que dar de una vez por todas un nombre y un rostro a esa realidad del pecado, para que no siga siendo para nosotros una idea abstracta o una cosa de poca importancia, como lo es para el mundo. Jesús cargó con todo el orgullo del hombre, con todas las rebeliones abiertas o sordas contra Dios, con toda la lujuria (que es y seguirá siendo pecado, aun cuando todos los hombres se pusieran de acuerdo para defender lo contrario), con toda la hipocresía, toda la violencia y la injusticia, toda la explotación de los pobres y de los débiles, toda la mentira, todo el odio, que es algo tan terrible.

En la pasión de Cristo encuentran su pleno cumplimiento las palabras de Isaías que escuchábamos en la primera lectura: “Él fue triturado por nuestros crímenes; sobre él descargó el castigo que nos sana” (Is 53,5). Él es el justo sufriente que ora en los salmos y que dice al Padre: “Tu cólera pesa sobre mí, me echas encima todas tus olas... Pasó sobre mí tu incendio, tus espantos me han consumido” (Sal 88).

¿Que ocurriría si todo el universo físico, con sus miles de millones de galaxias, se apoyase en un solo punto, como una inmensa pirámide invertida? ¿Qué presión no tendría que soportar ese punto? Pues bien, todo el universo de la culpa, que no es menos inmenso que el universo físico, pesaba, en la pasión, sobre el alma del Hombre-Dios. Dice la Escritura que



Reflexiones Católicas.

el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes (cf. Is 53,6); él es el Cordero de Dios que carga con el pecado del mundo (cf. Jn 1,29). La verdadera cruz que Jesús cargó sobre sus hombros, que llevó hasta el Calvario y en la que finalmente lo clavaron, fue el pecado!

Y como Jesús lleva sobre sí el pecado, Dios está lejos. La atracción infinita que existe entre el Padre y el Hijo está atravesada por una repulsión igualmente infinita. Cuando en verano, en los Alpes, una masa de aire frío que baja del norte choca con una masa de aire caliente que sube del sur, se desencadenan terribles tormentas que trastornan la atmósfera: nubarrones y silbido del viento, relámpagos que rasgan de parte a parte el firmamento, truenos que hacen estremecerse a las montañas. Algo así ocurrió en el alma del Redentor: la inmensa malicia del pecado chocó en ella con la inmensa santidad de Dios, trastornándola hasta producirle un sudor de sangre y arrancarle de los labios aquella queja: "Me muero de tristeza. Quedaos aquí velando" (Mc 14,34).

En un pasaje de la carta a los Romanos, san Pablo, hablando de los judíos, dice que siente por ellos tanto dolor, porque han rechazado el Evangelio, que estaría dispuesto a ser él mismo "anatema" y, verse separado de Cristo por el bien de ellos (cf. Rm 9,3). Lo que el Apóstol percibía como la suprema privación, aunque sin padecerla de hecho, Jesús la vivió realmente en la cruz, y hasta el fondo; él se convirtió en "anatema", se vio separado de Dios por el bien de sus hermanos. "Cristo —dice la Escritura— nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros un maldito, porque dice la Escritura: 'Maldito todo el que cuelga de un árbol'" (Ga 3,13). "Maldición — *katara*" es casi lo mismo que "anatema indica separación de Dios y de los hombres, algo así como una excomunión.

La experiencia del silencio de Dios, que el hombre de hoy siente tan agudamente, puede también ayudarnos a entender algo de la pasión de Cristo, siempre que tengamos en cuenta que el silencio de Dios no es lo mismo para el hombre bíblico que para el hombre de hoy. El silencio de Dios se mide por la intensidad con que se invoca su nombre. Para el que no cree o para el que, aunque crea, sólo se dirige a él tíbiamente, ese silencio no significa nada. Cuanto mayor sea la confianza que se tiene en él y más ardiente sea la súplica, tanto más



Reflexiones Católicas.

doloroso resulta el que Dios se calle. De ello podemos intuir lo que habrá sido para Jesús el silencio del Padre en la cruz y qué abismo se esconde tras aquel grito: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27,46). También María al pie de la cruz supo lo que era el silencio de Dios. Nadie mejor que ella podría hacer suya la exclamación que le brotó de los labios a un Padre de la Iglesia, al recordar un momento de feroz persecución de los cristianos bajo el emperador Juliano, cuando hubo iglesias profanadas y vírgenes violadas: "¡Qué duro fue, Dios mío, soportar aquel día tu silencio!"

En la cruz, Jesús experimentó hasta el fondo la consecuencia fundamental del pecado: la pérdida de Dios. Se convirtió en un sin-Dios, ien un ateo! La palabra "ateo" puede tener un significado activo o uno pasivo; puede designar a alguien que rechaza a Dios, pero también a alguien que es rechazado por Dios. Y esa palabra terrible se aplica a Cristo crucificado en ese segundo sentido. El suyo no fue ciertamente un ateísmo de culpa, sino de pena, para expiar todo el ateísmo culpable que existe en el mundo y en cada uno de nosotros, bajo la forma de resistencia a Dios, de egoísmo y de despreocupación por Dios. Es evidente que nunca estuvo el Padre del cielo tan cerca de su Hijo como en aquel momento en que estaba realizando su obediencia suprema; pero, en cuanto hombre, ha habido un momento en el que Jesús no percibió esa cercanía y se "sintió~~ abandonado.

Todo eso era necesario "para que quedase destruida nuestra condición de pecadores" (Rm 6,6) y para que, a cambio de la maldición, recibiésemos "por la fe el Espíritu prometido" (Ga 3,14). Los Padres de la Iglesia han aplicado a Cristo crucificado la figura bíblica de las aguas amargas de Mara, que se convirtieron en aguas dulces al contacto con la planta que echó Moisés en ellas (cf. Ex 15,23s). En el madero de la cruz, Jesús bebió las aguas amargas del pecado y las convirtió en el agua "dulce" de su Espíritu, de lo cual es símbolo el agua que salió de su costado. Transformó el inmenso "no" de los hombres a Dios en un "si, en un *amén*, todavía más inmenso, de manera que ahora "por él podemos responder *amén* a Dios, para gloria suya" (2 Co 1,20).



Reflexiones Católicas.

Éste es “el gran misterio de nuestra religión” (cf. 1 Tm 3,16). Y consiste en el hecho de que, incluso en una situación tan extrema, Jesús mantuvo su confianza en Dios y su amorosa sumisión al Padre; en sus labios nunca se apagó el grito filial: “¡Abba, Padre!” y murió diciendo “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46).

Al llevar a cabo este misterio de nuestra religión, Jesús tuvo junto a sí a su Madre, a la que dirigimos ahora, emocionados, nuestro pensamiento. “Ella -dice un texto del Vaticano II— sufrió profundamente con su Hijo unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado”, convirtiéndose así para nosotros en “madre en el orden de la gracia.

En el Nuevo Testamento, el *kerigma*, o anuncio de la pasión, consta siempre de dos elementos: de un hecho — “padeció”, “murió” — y de la motivación de ese hecho — “por nosotros”, “por nuestros pecados” (cf. Rm 4,25; 1 Co 15,3). La pasión de Cristo nos resulta inevitablemente ajena a nosotros mientras no penetremos en ella a través de esa puertecita estrecha del “por nosotros”, porque sólo conoce de verdad la pasión de Cristo quien acepta que es obra suya. Sin esto, todo lo demás puede quedarse en palabras huecas.

En Getsemaní, pues, estaba también mi pecado personal, que pesaba sobre el corazón de Jesús; en la cruz estaba también mi egoísmo y el abuso que yo hago de mi libertad, que lo tenían clavado a ella. Si Cristo murió por mis pecados”, eso quiere decir que —poniendo simplemente la frase en voz activa— que yo he crucificado a Jesús de Nazaret. Las tres mil personas a las que Pedro se dirigió el día de Pentecostés no habían estado todas ellas ante el Pretorio de Pilato ni clavando los clavos en el Calvario, y sin embargo Pedro les dice con gran convicción: “¡Vosotros crucificasteis a Jesús de Nazaret!” Y ellas, movidas por el Espíritu Santo, reconocieron que era verdad, pues está escrito que “esas palabras les traspasaron el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ‘¿Qué tenemos que hacer, hermanos?’” (cf. Hch 2,23-27).



Reflexiones Católicas.

¿Estabas tú allí, estabas tú allí, cuando crucificaron al Señor? — *Were you there, were you there, when they crucified my Lord*”, canta un *negro espiritual* lleno de fe. Y continúa: “A veces ese pensamiento me hace temblar, temblar, temblar”. Cada vez que lo escucho, me veo obligado a responder en mi interior: “¡Sí, ay de mí, también estaba yo, también estaba yo cuando crucificaron al Señor!”

Es preciso que en la vida de todo hombre ocurra alguna vez un terremoto y que en su corazón se produzca algo de lo que ocurrió en la naturaleza al morir Cristo, cuando el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, las rocas se rajaron y los sepulcros se abrieron. Es necesario que el santo temor de Dios rompa de una vez por todas nuestro corazón tan seguro de sí mismo, a pesar de todo. El apóstol Pedro vivió una experiencia de esa índole, y si pudo gritar aquellas tremendas palabras a la multitud fue porque primero se las había gritado a sí mismo y, al mirarlo Jesús, había “llorado amargamente” (Lc 22,61).

Hace unos momentos escuchábamos las palabras del evangelio de san Juan: “Mirarán al que atravesaron” (Jn 19,37). Ojalá que esa profecía se realice también en nosotros; miremos al que hemos atravesado, mirémoslo de un modo nuevo; lloremoslo como se llora a un primogénito (cf. Za 12,10). Si el mundo no se convierte al oírnos hablar a los hombres de Iglesia, ¡que se convierta viéndonos llorar!

Es hora de que se haga realidad en la vida de todos y cada uno de nosotros aquel “estar bautizados en su muerte”, de que algo del hombre viejo se nos caiga de encima, se desprenda de nosotros y quede sepultado para siempre en la pasión de Cristo. Basta ya de pasarnos el tiempo justificándonos a nosotros mismos y culpando a los demás. Basta ya de pasarnos la vida en inútiles polémicas entre nosotros, los creyentes, y nosotros, los católicos. Cristo murió “para reunir a los hijos de Dios dispersos” (Jn 11,52), ¿y nosotros seguimos dividiéndonos y dispersándonos por cosas secundarias? ¿Cómo podemos seguir perdiéndonos por nuestras pequeñas divergencias, ante un Dios que muere por amor a nosotros y ante un mundo que aún, en gran parte, no lo conoce? “*Cessent jurgia maligna, cessent lites*: “Que se acaben las contiendas, que cesen las disputas, y que entre nosotros esté Cristo nuestro Dios”, dice un antiguo canto



Reflexiones Católicas.

gregoriano. Gran parte de los males y de las desgracias que afligen a las familias, a las comunidades, a la misma sociedad y a la Iglesia dependen del hecho de que cada uno juzga y señala con el dedo a los demás, en vez de juzgarse y de señalarse con el dedo en primer lugar a sí mismo y a su propio pecado; todos quieren cambiar a los demás y son muy pocos los que piensan seriamente en cambiarse a sí mismos. Y si decidiésemos hacer esa revolución en nuestro interior, esta misma noche el mundo sería mejor y reinaría la paz en nuestros corazones. Y si es necesario defender la paz y la justicia contra alguien, después lo haremos mejor, con mayor libertad y caridad.

Sólo después de haber pasado por esta especie de nuevo bautismo en la muerte de Cristo, veremos cómo la cruz cambia totalmente de aspecto y, de cargo de acusación contra nosotros y motivo de miedo y de tristeza, se convierte en causa de alegría y de confianza. "Ya no pesa condena alguna sobre los que están unidos a Cristo Jesús" (Rm 8,1); la condena ha agotado su curso y ha dado paso a la benevolencia y el perdón. Es más, la cruz aparece como nuestro orgullo y nuestra gloria: "Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Ga 6,14). La palabra "gloriarme" denota aquí una confianza gozosa, acompañada de una gratitud emocionada, a la que el hombre se eleva por la fe. Es el sentimiento que invade y que inspira el himno de este tiempo de pasión: "*O crux, ave, spes unica*: "Salve, oh cruz, única esperanza nuestra".

¿Cómo podemos gloriamos de un sufrimiento que nosotros no hemos soportado, y que incluso hemos provocado? La razón es que la pasión de Cristo ahora es ya "nuestra", es nuestro mayor tesoro, la roca de nuestra salvación. El "por nosotros", de complemento de causa, ha pasado a ser complemento de finalidad. Si antes significaba "por culpa nuestra —*propter nos*", ahora, una vez que hemos reconocido y confesado nuestro pecado y nos hemos arrepentido, significa "en favor nuestro: "*pro nobis*": "Al que no conoció el pecado, Dios lo trató por nosotros como al propio pecado, para que, por medio de él, nosotros sintamos la fuerza salvadora de Dios" (2 Co 5,21).

JUNTO A LA CRUZ ESTABA SU MADRE



Reflexiones Católicas.

"Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego, dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa" Estas palabras las escuchábamos hace un momento, en el relato de la Pasión. Nos las refiere el mismo que las escuchó y que estaba, junto con María, al pie de la cruz: Juan. Pocas noticias llegan hasta nosotros de una fuente tan directa y segura como ésta. En ellas queremos detenernos un rato, para meditarlas, en este Viernes Santo.

Si María estaba "junto a la cruz de Jesús" en el Calvario, eso quiere decir que estaba en Jerusalén aquellos días; y si estaba en Jerusalén, eso quiere decir que lo presencié todo. Que asistió a toda la pasión de su Hijo, a los gritos de ¡a Barrabás, a Barrabás!, al *Ecce Homo*. Que vio cómo su Hijo era sacado afuera azotado, coronado de espinas, cubierto de salivazos; que vio cómo su cuerpo desnudo se estremecía en la cruz, en el estertor de la muerte. Que vio cómo los soldados se repartían sus vestiduras y echaban a suertes aquella túnica que ella tal vez había tejido con tanto amor. También ella bebió el cáliz amargo, lo apuró hasta las heces. A ella pueden aplicársele muy bien las palabras que pronunciaba la hija de Sión en su angustia: "Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad, fijaos: ¿Hay dolor como mi dolor?" (Lm 1,12).

María no estaba sola junto a la cruz; con ella estaban otras mujeres, además de Juan: una hermana suya, más María la de Cleofás y María Magdalena. Podría parecer que María es una más entre las mujeres que estaban allí presentes. He asistido a veces al funeral de algún joven. Recuerdo en especial el de un chico. Detrás del ataúd iban varias mujeres, todas vestidas de negro y todas llorando. Parecían sufrir todas de la misma manera. Pero entre ellas había una que era distinta, en la que todos los asistentes pensaban, por la que lloraban y a la que dirigían furtivamente la mirada: la madre. Tenía los ojos fijos en el ataúd, como petrificados, y se veía que sus labios repetían sin descanso el nombre de su hijo. Cuando, al Sanctus, todos se pusieron a decir con el sacerdote "Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo...", también ella susurró mecánicamente "Santo, santo, santo...". Y en aquel momento yo pensé en María al pie de la cruz.



Reflexiones Católicas.

Pero a María se le pidió algo más difícil: que perdonase a los que mataban a su Hijo. Cuando oyó a su Hijo decir: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Le 23,34), María comprendió enseguida lo que el Padre esperaba también de ella: que dijese también en su corazón esas mismas palabras: "Padre, perdónalos..." Y las dijo, y perdonó.

El Concilio Vaticano II habla así de María al pie de la cruz: "También la Santísima Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz. Allí, por designio divino, se mantuvo de pie, sufrió profundamente con su Hijo unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado" (*Lumen Gentium*, 58.). Consentir en la inmolación de la víctima que ella había engendrado fue como inmolarse a sí misma.

Al estar "de pie" junto a la cruz, la cabeza de María quedaba a la altura de la cabeza inclinada de su Hijo. Sus miradas se encontraron. Cuando le dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Jesús la miró y por eso no sintió necesidad de llamarla por su nombre para distinguirla de las demás mujeres. ¿Quién podrá penetrar el misterio de aquella mirada entre la madre y el Hijo en aquella hora? Una alegría tremendamente dolorida pasaba de uno a otra, como el agua entre los vasos comunicantes, y esa alegría provenía del hecho de que ya no ofrecían la menor resistencia al dolor, de que estaban sin defensas ante el sufrimiento, de que se dejaban inundar libremente por él. A la lucha le sucedía la paz. Habían llegado a ser una sola con el dolor y el pecado de todo el mundo. Jesús en primera persona, como "víctima de propiciación por los pecados del mundo entero" (1 Jn 2,2); María indirectamente, por su unión corporal y espiritual con su Hijo.

Lo último que hizo Jesús, antes de adentrarse en la oscuridad de la agonía y de la muerte, fue adorar amorosamente la voluntad de su Padre. María lo siguió también en eso: también ella adoró la voluntad del Padre antes de que descendiese sobre su corazón una terrible soledad y se hiciese la oscuridad en su interior, como se hizo la oscuridad "sobre toda aquella región" (cf. Mt 27,45). Y aquella soledad y aquella adoración se quedaron clavadas allí, en el centro de su vida, hasta la muerte, hasta que llegó también para ella la hora de la resurrección.



Reflexiones Católicas.

Un salmo que la liturgia aplica a María dice: "Todos han nacido allí... Se dirá de Sión: 'Uno por uno todos han nacido en ella...' El Señor escribirá en el registro de los pueblos: 'Éste ha nacido allí'" (Sal 87,2ss). Es verdad: todos hemos nacido allí; se dirá de María, la nueva Sión: Uno por uno todos han nacido en ella. En el libro de Dios está escrito, de mí, de ti, de todos y cada uno, incluso de los que todavía no lo saben: "¡Este ha nacido allí!"

¿Pero no hemos sido regenerados por la "palabra de Dios, viva y duradera" (1 P 1,23)? ¿No hemos "nacido de Dios" (Jn 1,13) y renacido "del agua y del Espíritu" (Jn 3,5)? Ciertísimo, pero eso no quita para que, en otro sentido, hayamos nacido también de la fe y del sufrimiento de María. Si Pablo, que era servidor de Cristo, pudo decir a sus fieles: "por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús" (1 Co 4,15), ¡con cuánta mayor razón podrá decirlo María, que es su Madre! ¿Quién, mejor que ella, puede hacer suyas aquellas palabras del Apóstol: "Hijos míos, a quienes doy a luz de nuevo" (Ga 4,19)? Ella nos da a luz "de nuevo" en este momento, porque nos ha dado ya a luz por primera vez en la encarnación, cuando entregó al mundo la "Palabra de Dios viva y eterna" que es Cristo, en la que hemos renacido.

Hay una comparación que puede ayudarnos a comprender mejor el significado de la presencia de María al pie de la cruz: la comparación con Abrahán. Este parangón nos lo sugiere el propio ángel Gabriel en la Anunciación, cuando dice a María las mismas palabras que se le dijeron a Abrahán: "Para Dios nada hay imposible" (cf. Gn 18,14; Lc 1,37). Pero surge sobre todo de los hechos. Dios prometió a Abrahán que tendría un hijo, aunque ya se le había pasado la edad y su mujer era estéril. Y Abrahán creyó. También a María Dios le anuncia que va a tener un hijo, a pesar de que ella no convive con ningún hombre. Y María creyó.

Mas he aquí que Dios vuelve a intervenir en la vida de Abrahán, y esta vez para pedirle que le inmole precisamente aquel hijo que él mismo le había dado y del que le había dicho: "En Isaac tendrás una gran descendencia". Y Abrahán también esta vez obedeció. También en la vida de María Dios intervino otra vez, pidiéndole que consintiese, e incluso que asistiese a la inmolación de su Hijo, del que había sido dicho que reinaría para siempre y que sería grande. Y María



Reflexiones Católicas.

obedeció. Abrahán subió con Isaac al monte Moria y María subió tras de Jesús al monte Calvario. Pero a María se le pidió mucho más que a Abrahán. En el caso de Abrahán Dios se detuvo en el último momento y Abrahán recuperó vivo a su hijo. En el caso de María, no. Ella tuvo que pasar esa línea postrera y sin retorno que es la muerte. Recuperó a su Hijo, pero sólo después que lo bajaron de la cruz.

Como también María caminaba en la fe y no en la visión, esperaba que de un momento a otro cambiara el curso de los acontecimientos, que se reconocería la inocencia de su Hijo. Esperó ante Pilato, pero nada. Dios seguía adelante. Esperó hasta la cruz, hasta antes de que clavaran el primer clavo. No podía ser eso. ¿Acaso no le habían asegurado que aquel Hijo subirla al trono de David y que reinaría para siempre sobre la casa de Jacob? ¿Era, pues, aquél el trono de David: la cruz? María sí que "esperó contra toda esperanza" (Rm 4,18); esperó en Dios, por más que veía desvanecerse la última razón humana para esperar.

Pero saquemos ahora la consecuencia obligada de esa comparación. Si Abrahán mereció, por lo que hizo, ser llamado "padre de todos nosotros" (Rm 4,16) y "nuestro padre en la fe" (*Canon romano*), ¿vacilaremos nosotros en llamar a María "madre de todos nosotros" y "nuestra madre en la fe", o "madre de la Iglesia"? A Abrahán Dios le dijo: "Por haber obrado así, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo... Te hago padre de una multitud de pueblos" (Gn 22,16; 17,5). Eso mismo, pero con mucha mayor fuerza, le dice ahora a María: "Por haber obrado así, por no haberte reservado tu Hijo, tu Hijo único, te bendeciré... Te hago madre de una multitud de pueblos

Si todos los creyentes de todas las confesiones tienen la convicción de que Abrahán no sólo ha sido constituido "ejemplo y patrono, sino también causa de bendición" (como se expresa Calvino al comentar Gn 12,3), de que "en el plan salvífico de Dios, a Abrahán le fue reservado el papel de mediador de bendición para todas las generaciones" (G. von Rad), ¿por qué no habrán de acoger y compartir con alegría todos los cristianos la convicción de que María ha sido constituida, con mayor razón, por Dios *causa y mediadora* de bendición para todas las generaciones? No solamente —



Reflexiones Católicas.

insisto- ejemplo, sino también "causa de salvación", como la llama, precisamente, san Ireneo ¿Por qué no hemos de poder compartir la convicción de que no sólo iban dirigidas a Juan, sino a todos los discípulos, las palabras de Cristo moribundo: "Hijo, ahí tienes a tu madre"? María -dice el concilio—, al pie de la cruz, se convirtió para nosotros en "madre en el orden de la gracia".

Por eso, como los judíos, en los momentos de prueba, se dirigían a Dios diciendo: "Acuérdate de nuestro padre Abrahán", así nosotros podemos ahora dirigirnos a él diciendo: "Acuérdate de nuestra Madre, María". Y lo mismo que ellos le decían a Dios: "Por Abrahán, tu amigo, no nos niegues tu misericordia" (Dn 3,25), así nosotros podemos decirle: "Por María, tu amiga, no nos niegues tu misericordia".

Llega una hora en la vida en la que se necesitan una fe y una esperanza como las de María. Entonces nos parece que Dios no escucha ya nuestra oración, tenemos la impresión de que se está desdiciendo a sí mismo y a sus promesas, de que nos lleva de derrota en derrota, de que nos envuelve en su propia derrota y que el poder de las tinieblas parece triunfar en todos los frentes; cuando, como dice un salmo, parece que "se ha agotado su misericordia y que la cólera le cierra las entrañas" (Sal 77,10). Cuando te llegue a ti esa hora, acuérdate de la fe de María y exclama: "Padre, ya no te comprendo, ¡pero me fío de ti!"

Tal vez el Señor esté pidiendo precisamente ahora a alguno de nosotros que le sacrifique, como Abrahán, a su "Isaac", es decir la persona, o la cosa, o el proyecto, o la fundación, o el cargo que más quiere y que el mismo Señor un día le encomendó y por el que ha trabajado toda su vida... Esta es la oportunidad que Dios te ofrece para demostrarle que lo quieres a él más que a todo lo demás, incluso más que a sus dones y que al trabajo que realizas por él. Dios puso a prueba a María en el Calvario para ver lo que ella llevaba en el corazón", y en el corazón de María encontró, intacto, y hasta más fuerte que nunca, el "sí", el "aquí está la esclava del Señor" del día de la Anunciación. ¡Ojalá que, en estos momentos, pueda encontrar también a nuestro corazón dispuesto a decirle "sí", "aquí estoy"!



Reflexiones Católicas.

María, como he dicho, en el Calvario se unió a su Hijo para adorar la voluntad sagrada del Padre. Con ello llevó a cabo, con toda perfección, su vocación de figura de la Iglesia. Y ahora nos espera allí a nosotros. Se ha dicho de Cristo que "está en agonía hasta el fin del mundo y no debemos dejarlo solo en esta hora" (B. Pascal). Y si Cristo está en agonía y en la cruz hasta el fin del mundo, de una manera incomprensible para nosotros pero cierta, ¿dónde podrá estar María en esta hora sino con él, "junto a la cruz"? Allí invita y allí cita a las almas generosas para que se unan a ella en su adoración a la voluntad sagrada del Padre. Para que la adoren incluso sin entenderla. No debemos dejarla sola en esta hora. María sabe que esto es, sin lugar a dudas, lo más grande, lo más hermoso, lo más digno de Dios que podemos hacer en la vida, al menos una vez antes de morir.

Dice la Escritura que, cuando Judit volvió con los suyos después de haber expuesto su vida por su pueblo, los habitantes de la ciudad corrieron a su encuentro y el Sumo Sacerdote la bendijo diciendo: "Que el Altísimo te bendiga, hija, más que a todas las mujeres de la tierra... El valor que has tenido perdurará siempre en el corazón de los hombres" (Jdt 13,18s). Esas mismas palabras dirigimos nosotros en este día a la Virgen: ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres! El valor que has tenido perdurará siempre en el corazón de los hombres y en el recuerdo de la Iglesia.

SE HUMILLÓ A SÍ MISMO

En el año 630 d. C., Heraclio, emperador de Bizancio, tras derrotar al rey de Persia, Cosroes, recuperó la reliquia de la Santa Cruz que éste se había llevado de Jerusalén catorce años antes. Cuando iban a colocar de nuevo la preciosa reliquia en la basílica que Constantino había erigido en el Calvario, ocurrió un hecho extraordinario que la liturgia recuerda el 14 de septiembre con la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. "Heraclio —se leía hace años en el oficio de esa fiesta—, revestido con ornamentos de oro y piedras preciosas, quiso cruzar la puerta que da al Calvario, pero no podía. Cuanto más se esforzaba por seguir, más se sentía como clavado en aquel lugar. Estupor general. Entonces el obispo Zacarías le hizo notar al emperador que tal vez aquellas ropas de triunfo no condecían con la humildad con que Jesucristo había cruzado aquel umbral llevando la cruz. Inmediatamente el emperador se despojó de sus lujosas vestiduras y, con los pies descalzos y vestido como un hombre cualquiera, recorrió



Reflexiones Católicas.

sin la menor dificultad el resto del camino y llegó hasta el lugar donde había que colocar la cruz".

De este episodio proviene remotamente el rito del Papa que, dentro de un poco se dirigirá, sin ornamentos y con los pies descalzos, a besar la cruz. Pero ese hecho tiene también un significado espiritual y simbólico que nos concierne a todos los que estamos aquí presentes, aunque no vayamos descalzos a besar la cruz. Quiere expresar que no podemos acercarnos al Crucificado si antes no nos despojamos de todas nuestras pretensiones de grandeza, de nuestros títulos; en una palabra, de nuestro orgullo y de nuestra vanidad. Sencillamente, no podemos; nos veríamos invisiblemente rechazados.

Y esto es lo que queremos hacer en esta liturgia. Dos cosas sumamente sencillas: la primera, echar a los pies del Crucifijo toda la carga de orgullo del mundo y del nuestro personal; la segunda, revestirnos de la humildad de Cristo y, con ella, volver a nuestra casa "justificados", como el publicano (cf. Le 18,14), es decir perdonados, renovados.

En el profeta Isaías leemos estas palabras del Señor: "Será doblegado el orgullo del mortal, será humillada la arrogancia del hombre; sólo el Señor será ensalzado aquel día" (Is 2,17).

"Aquel día" es el día del cumplimiento mesiánico, el día en que Cristo proclamó desde la cruz que "todo está cumplido" (Jn 19,30). Aquel día, en una palabra, ¡es este día! ¿Y cómo doblegó Dios el orgullo de los hombres? ¿Atemorizándolos? ¿Mostrándoles su tremenda grandeza y su poder? ¿Aniquilándolos? No, lo ha doblegado anonadándose él:

"Cristo Jesús, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó a sí mismo" (Flp 2,6-8).

Humiliavit semetipsum: ¡se humilló a sí mismo, no a los hombres! Doblegó el orgullo y la arrogancia humana desde dentro, no desde fuera. ¡Y hasta qué punto se humilló! No nos dejemos engañar por el esplendor de este lugar, de la liturgia, de los cánticos, de todos los honores con que hoy rodeamos a la cruz. Hubo un tiempo en que la cruz no era nada de todo esto, sino únicamente infamia. Algo que había que mantener lejos, no sólo de la vista, sino incluso de los oídos de los ciudadanos romanos. Murió como había sido predicho: "No tenía presencia ni belleza que atrajera nuestras miradas, ni aspecto que nos cautivase. Despreciado y evitado de la gente, al verlo se tapaban la cara; lo tuvimos por un contagiado, herido de Dios y afligido" (Is 53,2-4). Sólo una persona en el mundo, a excepción de



Reflexiones Católicas.

Jesús, sabe de verdad lo que es la cruz: María, su madre. Ella cargó, junto con él, con "el oprobio de la cruz" (Hb 13,13). Los demás, san Pablo incluido, conocieron "la fuerza de la cruz" (cf. 1 Co 1,18), ella conoció también su debilidad; los demás conocieron la *teología* de la cruz, ella la *realidad* de la cruz.

La cruz es el sepulcro en el que se abisma todo el orgullo humano. Dios le dice como al mar: "Hasta aquí llegarás y no pasarás; aquí cesará la arrogancia de tus olas" (Jb 38,11). En la roca del Calvario van a romper todas las olas del orgullo humano, y no pueden pasar más allá. El muro que Dios ha levantado contra él es demasiado alto, y el abismo que ha excavado ante él demasiado profundo. "Nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Cristo, quedando así destruida nuestra condición de pecadores" (Rm 6,6). Nuestra condición orgullosa, ya que éste —el orgullo— es el pecado por excelencia, el pecado que anida detrás de todo pecado. "Cargado con nuestros pecados subió al leño" (1 P 2,24). Cargado con nuestro orgullo.

¿Y qué parte nos toca a nosotros en todo esto? ¿Cuál es el "evangelio", es decir la buena noticia? Que Jesús se humilló también por mí, en mi lugar. "Si uno murió por todos, todos murieron" (2 Co 5,14): si uno se rebajó por todos, todos se rebajaron con él. En la cruz Cristo es el nuevo Adán que obedece por todos. Es el fundador de una estirpe, el principio de una humanidad nueva. Actúa en nombre de todos y en beneficio de todos. Si "por la obediencia de uno todos se convirtieron en justos" (Rm 5,19), por la humillación de uno todos se convirtieron en humildes.

La soberbia, al igual que la desobediencia, ya no nos pertenece. Es cosa del viejo Adán. Es vetustez, es muerte. Lo nuevo es la humildad. Y ésta rebosa de esperanza, porque abre las puertas a una existencia nueva, basada en el don, en el amor, en la solidaridad, en vez de basar-se en la competitividad, en la ambición y en el engaño mutuo. "Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado" (2 Co 5,17). Y una de esas maravillosas novedades es la humildad.

¿Qué significa, entonces, celebrar el misterio de la cruz "en espíritu y en verdad"? ¿Qué significa, aplicado a los ritos que estamos celebrando, el antiguo axioma: "Considerad lo que hacéis, imitad lo que celebráis: *Agnoscite quod agitis, imitami quod tractatis*"? Significa: ¡haced realidad en vuestro interior lo que representáis, llevad a la práctica lo que conmemoráis!

Esta tarde, yo tengo que entregar a Cristo mi "condición orgullosa", para que él pueda destruirla de hecho como la destruyó ya en la cruz, para siempre, de derecho. Cuando yo era niño, la víspera de ciertas solemnidades, existía en mi tierra la costumbre de encender en el



Reflexiones Católicas.

campo, al caer la noche, grandes hogueras que se veían de una colina a otra, y cada familia llevaba su parte de leña o de sarmientos para alimentar el fuego, mientras se rezaba en torno a él el rosario. Algo así tiene que ocurrir, espiritualmente, esta tarde, como preparación para la gran solemnidad de la Pascua. Cada uno de nosotros debería venir, en espíritu, a echar en la gran hoguera de la pasión de Cristo su carga de orgullo, de vanidad, de autosuficiencia, de presunción, de arrogancia. Debemos imitar lo que hacen los elegidos en el cielo, en su liturgia de adoración del Cordero, sobre la que se modela la nuestra aquí en la tierra. Ellos -dice el Apocalipsis— avanzan procesionalmente y' al llegar ante el que se sienta en el trono, se postran ante él y arrojan sus coronas ante el trono" (Ap 4,10), Ellos, las coronas verdaderas de su martirio; nosotros, las falsas coronas que nosotros mismos nos hemos puesto en la cabeza. Tenemos que "clavar en la cruz todos los movimientos de la soberbia" (SAN AGUSTÍN, *Sobre la doctrina cristiana*, 2, 7, 9).

No debemos tener miedo a humillarnos, a abdicar de nuestra dignidad de hombres, o a caer por ello en estados morbosos de ánimo. A comienzos de nuestro siglo, alguien atacaba al cristianismo acusándolo de haber introducido en el mundo lo que él llamaba el "morbo" de la humildad (F. Nietzsche). Pero ahora es la propia filosofía la que nos dice que la existencia humana "auténtica" sólo es la que reconoce la propia "nulidad" radical. *Ser y tiempo*, 58). La soberbia es un camino que lleva a la desesperación, ya que equivale a no aceptarnos como somos sino buscar desesperadamente ser lo que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, nunca podremos ser, es decir independientes, autónomos, sin nadie por encima de nosotros a quien debamos darle gracias por lo que somos.

A la misma conclusión ha llegado, por otro camino, la moderna psicología de lo profundo. Uno de sus máximos exponentes, C. G. Jung, ha observado algo sorprendente: todos los pacientes de cierta edad que se habían dirigido a él sufrían —dice— de algo que podía definirse como falta de humildad, y no se curaban hasta que no adquirían una actitud de respeto y de humildad ante una realidad más grande que ellos, o sea una actitud religiosa.

El orgullo es una máscara que nos impide ser verdaderos hombres, antes incluso que creyentes. Ser humildes es humano. Las palabras *homo* y *humilitas* provienen las dos de *humus*, que quiere decir tierra, suelo. Todo lo que en el hombre no es humildad es mentira. "Si alguno se figura ser algo, cuando no es nada, él mismo se engaña" (Ga 6,3).

En cuanto decidimos desprendemos del orgullo, nos damos cuenta, asombrados, de cómo nos invade y nos rodea por dentro y por fuera, de hasta qué punto estamos amasados de orgullo. Dicen que más del



Reflexiones Católicas.

setenta por ciento del cuerpo humano está formado por agua, pero quizás mucho más del setenta por ciento del espíritu humano está formado de orgullo. Hasta el aire que respiramos está surcado, en todas las frecuencias, por ondas que transportan palabras y mensajes cargados de orgullo. Hay incluso quien cree poder ir "más allá" que Jesucristo y declara abierta una nueva era—"a New Age"—, basada no en la encarnación sino en una constelación, Acuario; no en la conjunción de la divinidad con la humanidad, sino en la conjunción de los planetas. Cada año se fundan nuevas religiones y nuevas sectas y se anuncian nuevos caminos de salvación, como si el camino revelado por Dios y cimentado en Cristo ya no les bastase a los hombres que se han vuelto sabios y adultos, como si fuese un camino demasiado humilde para ellos. ¿Y qué es esto, sino orgullo y presunción? "¡Insensatos gálatas! -decía san Pablo—. ¿Quién os ha embrujado? ¡Y pensar que ante vuestros ojos presentamos la figura de Jesucristo en la cruz!" (Ga 3,1). Insensatos cristianos, ¿quién os ha embrujado hasta el punto de hacer que os pasaseis tan pronto a otro evangelio?

Todos andamos locos por llamar la atención. Si pudiésemos representarnos visualmente a toda la humanidad tal como aparece a los ojos de Dios, veríamos el espectáculo de una inmensa muchedumbre de personas que se ponen de puntillas, que intentan sobresalir unas sobre otras, aplastando quizás a los que tienen a su lado, y gritando todas ellas: "¡Miradme, también yo estoy en el mundo!"

¿Humo, vanidad? La verdad es que toda esta soberbia es humo que la muerte disipa día tras día como el viento. "Vanidad de vanidades", la llama el Qohelet. Ni un solo gramo de ella atravesará con nosotros el umbral de la eternidad, y, si lo atraviesa, será para convertirse inmediatamente en cargo de acusación y de tormento. Pero sus efectos son terribles. Se parece al hongo atómico que se eleva amenazador contra el cielo, como un puño cerrado, pero que luego vuelve a caer sobre la tierra sembrando destrucción y muerte a su alrededor.

¿Cuántas guerras del pasado y del presente no dependen más que del orgullo? Y el sufrimiento de los pobres ¿no depende también, en gran medida, del orgullo de determinados gobernantes que quieren ser poderosos y estar seguros en sus tronos, y para ello tener el ejército más fuerte y las armas más terribles, y que invierten en ellas los recursos que deberían servir para mejorar las condiciones de vida, a veces espantosas, de sus gentes? Pero incluso al nivel de la convivencia humana de cada día, en el seno de las familias y de las instituciones, ¡cuántos sufrimientos nos causamos unos a otros con nuestro orgullo y cuántas lágrimas arranca!



Reflexiones Católicas.

Pero no tenemos que quedamos aquí. Si nos quedamos en la denuncia de ese orgullo colectivo, no hemos hecho casi nada. Y hasta puede ser más orgullo que se añade a ese orgullo. La procesión que debemos hacer esta tarde no es tanto un procesión hacia el exterior cuando una procesión hacia nuestro interior. Tenemos que rasgarnos el corazón, no las vestiduras (cf. Jt 2,13). Allí, en mi corazón es donde anida el viejo orgullo, el único que yo puedo destruir con mi voluntad, porque es el único que nace de mi voluntad.

¡Empresa difícil si las hay! El buscador de perlas de los mares del sur, que intenta llegar al fondo del mar, siente la tremenda resistencia del agua que lo empuja hacia arriba con una fuerza igual y contraria a su volumen. Experimenta, sin saberlo, el principio de Arquímedes. Quien intenta sumergirse bajo el espejo tranquilo de las aguas de sus ilusiones, quien intenta humillarse y conocerse como es en realidad, siente el empuje, aún más fuerte, del orgullo que lo impulsa a elevarse, a salir a flote, a quedarse en la superficie. También nosotros andamos en busca de una perla preciosa, de la perla más preciosa que existe para Dios. Y esa perla se llama "un corazón quebrantado y humillado".

¿Cómo se puede conseguir un corazón quebrantado y humillado? En primer lugar pidamos la ayuda del Espíritu Santo; abandonemos las defensas y las resistencias. Luego, mirémonos por un momento, si podemos, al espejo de nuestra conciencia. Solos ante Dios. Cuánto orgullo, cuánta vanidad, cuánta autosuficiencia: en aquella ocasión, en aquella otra, en aquella actitud, en aquella otra... Quizás hasta en este mismo momento. ¡Cuánto "yo", "yo", "yo"! "Sonrójate, soberbia ceniza: *erubescere superbe cinis*: Dios se humilla ¿y tú te ensalzas?", se decía a sí mismo san Bernardo (BERNARDO DE CLARAVAL, *Alabanzas a la Virgen*, 1, 8). , y san Agustín antes que él: "Tu Señor humilde, ¿y tú soberbio? La Cabeza humilde, ¿y un miembro soberbio?" (SAN AGUSTÍN, *Sermón* 354, 9, 9 (PL 39, 1568).

Los cielos y la tierra están llenos de la gloria de Dios; sólo el corazón del hombre es una excepción, porque está lleno de su propia gloria y no de la de Dios. Tan centrado en sí mismo, que hace que hasta las cosas que Dios ha hecho para sí sirvan para su propia gloria. ¡Y hasta el mismo Dios! ¿Y sin embargo, "atienes algo que no lo hayas recibido?" (1 Co 4.7).

Para tener un corazón quebrantado y humillado, hay que pasar por la experiencia de quien ha sido pillado infraganti, como aquella mujer del Evangelio que fue sorprendida en flagrante adulterio, que se estaba allí, callada y con los ojos bajos, esperando la sentencia (cf. Jn 8,3ss). Nosotros somos ladrones de la gloria de Dios cogidos infraganti. Pues bien, si en vez de huir a otra parte con el pensamiento, o de enfadarnos diciendo: "Este modo de hablar es duro, ¿quién puede



Reflexiones Católicas.

hacerle caso?", bajamos la mirada, nos golpeamos el pecho y decimos desde lo más hondo del corazón, como el publicano: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador" (Le 18,13), entonces empezará a producirse también en nosotros el milagro de un corazón quebrantado y humillado. Y también nosotros, como aquella mujer, experimentaremos la alegría del perdón. Tendremos un corazón nuevo.

Las muchedumbres que asistieron a la muerte de Cristo "se volvieron a sus casas dándose golpes de pecho" (cf. Le 23,48). ¡Qué hermoso sería que pudiésemos imitarlas! ¡Qué hermoso sería que se repitiese hoy también, aquí entre nosotros, el espectáculo de aquellas tres mil personas que, el día de Pentecostés, sintieron que se les "traspasaba el corazón" y dijeron a Pedro y a los *demás apóstoles*: "¿Qué tenemos que hacer, hermanos?" (cf. Hch 2,37)! Eso sí que sería verdaderamente "imitar lo que celebramos".

Un corazón quebrantado y humillado es un "sacrificio" agradable a Dios (cf. Sal 51,19). Hoy la Iglesia no celebra el sacrificio de la Misa, porque el sacrificio de este día debe ser nuestro corazón quebrantado y humillado. "Así dice el Señor: El cielo es mi trono, la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué templo podéis construirme o qué lugar para mi descanso? Todo esto lo hicieron mis manos y es mío -oráculo del Señor—. Pero en éste pondré mis ojos: en el humilde y en el abatido" (Is 66,1-2). Un corazón contrito es el paraíso de Dios en la tierra, la casa en la que a él le gusta poner su morada y revelar sus secretos.

Todos los acontecimientos externos, por grandiosos que sean, incluso los que hemos vivido recientemente y los que estamos viviendo con la caída de los regímenes comunistas de Europa del Este, son ambiguos y nadie puede saber por anticipado si un día tendremos que alegrarnos por ellos o tendremos que lamentarnos. Pero con un corazón humano que se humilla y se convierte, no sucede eso. Para Dios, eso es lo más importante que puede ocurrir sobre la faz de la tierra, una absoluta novedad.

Ahora que hemos depuesto, al menos con el deseo, todo nuestro orgullo al pie de la cruz, nos queda hacer brevemente la segunda cosa: revestirnos de la humildad de Cristo. "Dejaré en ti un pueblo pobre y humilde, un resto de Israel que se confiará al Señor" (So 3, 12s). Cristo ha dado origen en la cruz a ese pueblo humilde y pobre que confía en el Señor; nosotros tenemos que entrar a formar parte de ese pueblo de hecho, lo mismo que por el bautismo hemos entrado ya a formar parte de él de derecho.

Dice Jesús en el Evangelio: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29). ¿Qué es lo que ha hecho Jesús para



Reflexiones Católicas.

llamarse humilde? ¿Acaso ha pensado bajamente de sí o hablado bajamente de sí? Al contrario, él se proclamó "Maestro y Señor", alguien mayor que Jonás, que Salomón, que Abrahán, que todos. Entonces, ¿qué es lo que ha hecho? "Tomó la condición de esclavo" (Flp 2,8). No se *consideró* pequeño, no se declaró pequeño, sino que se *hizo* pequeño, y pequeño para servirnos. Se hizo antes que nadie, "el más pequeño de todos y el servidor de todos" (cf. Mc 9,35). Cristo no tuvo miedo a comprometer su dignidad divina rebajándose hasta parecerse a un hombre como los demás.

La humildad de Cristo, además de estar hecha de servicio, está hecha de obediencia. "Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte" (Flp 2,8). Humildad y obediencia aparecen aquí casi como una misma cosa. En la cruz Jesús es humilde porque no opone ninguna resistencia a la voluntad del Padre. "Devolvió a Dios su poder", realizó el gran "misterio de la religión". El orgullo se quiebra con la sumisión y la obediencia a Dios y a las autoridades que Dios ha constituido. Hay quienes se han pasado la vida discutiendo con Dios, como si se tratase de un igual. Y acabaron convenciéndose a sí mismos de que podían traer también en jaque a Dios porque tuvieron en jaque a los hombres y a sus superiores. Nunca se plegaron ni se sometieron de verdad a él. Que lo hagan antes de morir, si quieren encontrar finalmente la paz del alma. Recuerden lo que dice la Escritura: "¡Qué terrible caer en manos del Dios vivo!" (Hb 10,31). Caer, se entiende, impenitentes.

En la cruz Jesús no sólo reveló y practicó la humildad; también la creó. La verdadera humildad, la humildad cristiana, consiste desde entonces en participar del estado de ánimo de Cristo en la cruz. "Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús" (Flp 2,5); los mismos, no unos parecidos. Aparte de esto, fácilmente pueden tomarse por humildad muchas otras cosas que no son más que cualidades naturales, o timidez, o ganas de quedar bien, o simple sentido común e inteligencia, cuando no son una forma refinada de orgullo.

Si nos revestimos de la humildad de Cristo, nos resultará más fácil, entre otras cosas, trabajar por la unidad de los cristianos, ya que paz y unidad son el cortejo natural de la humildad. Y lo son también en el seno de la familia. El matrimonio nace de un acto de humildad. El joven que se enamora y que pide de rodillas, como se acostumbraba antaño, la mano de una chica, está haciendo el acto de humildad más radical de toda su vida. Se vuelve mendigo y es como si dijera: "Dame tu ser, que con el mío no me basta. ¡Yo no me basto a mí mismo!" Podría decirse que Dios creó al hombre varón y mujer para que aprendiesen a ser humildes, a salir de sí mismos, a no ser altaneros y autosuficientes, y para que descubriesen la felicidad que existe en depender de alguien que te ama. Que ha inscrito la humildad en



Reflexiones Católicas.

nuestra carne. ¡Pero cuántas veces, por desgracia, el orgullo vuelve a tomar luego las riendas y le hace pagar caro al otro la necesidad inicial que se tuvo de él o de ella! Entonces entre el hombre y la mujer se levanta el terrible muro del orgullo y de la incomunicación que apagan todas las alegrías. También a los esposos cristianos se dirige, en esta tarde, la invitación a deponer al pie de la cruz todos los resentimientos y a reconciliarse mutuamente, echándose uno a otro, si es posible, los brazos al cuello por amor a Cristo que, en este día, "dio muerte en él al odio" (Ef. 2,16).

El "pueblo humilde" estaba representado, al pie de la cruz, por María, a la que un texto del concilio Vaticano II llama "la primera de esos humildes y esos pobres del Señor que esperan con confianza y que reciben de él la salvación" (*Lumen Gentium*, 55.). A ella dirigimos, pues, nuestra oración: "Oh María, primicia del pueblo humilde y del resto de Israel, sierva sufriente junto al Siervo sufriente, nueva Eva obediente junto al nuevo Adán, alcánzanos de Jesús, con tu intercesión la gracia de ser humildes. Enséñanos a 'humillarnos bajo la mano poderosa de Dios', como te humillaste tú. Amén".

VENDRÁ A JUZGAR

"Jesús de Nazaret: lo mataron colgándolo de una cruz. Pero Dios lo resucitó al tercer día... Y nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos" (Hch 10,39-42).

El relato de la pasión nos ha presentado durante todo el tiempo a un Jesús juzgado. Se multiplican los procesos contra él: Anás, Caifás, Pilato. Y no se acaba ahí. El procurador romano se retira, la multitud se dispersa, el tribunal se queda desierto, pero el proceso continúa. También hoy Jesús de Nazaret está en el centro de un proceso. Filósofos, historiadores, cineastas, simples estudiantes de teología: todos se sienten autorizados a juzgar su persona, sus enseñanzas, sus reivindicaciones mesiánicas, a su Iglesia...

Pero las palabras de Pedro que acabamos de escuchar y las palabras que Jesús mismo pronuncia ante el Sanedrín levantan de improviso algo así como un velo, dejando entrever una escena totalmente distinta: "Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios y venir sobre las nubes del cielo" (Mt 26,64). ¡Qué gran contraste! Ahora todos sentados y él de pie, maniatado; entonces todos de pie y él sentado a la derecha de Dios. Ahora los hombres y la historia juzgando a Cristo, entonces Cristo juzgando a los hombres y a la historia.



Reflexiones Católicas.

Desde que el Mesías llevó a cabo la salvación inmolándose como cordero en la cruz, se convirtió en juez universal. Él "pesa" a los hombres y a los pueblos. Ante él se decide quién cae y quién se mantiene en pie. No hay apelación posible. Él es la instancia suprema. Esta es la fe inmutable de la Iglesia, que sigue proclamando en el Credo: "Y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos. Y su reino no tendrá fin".

Durante milenios y milenios de vida en la tierra, el hombre se ha acostumbrado a todo; se ha adaptado a todos los climas, se ha inmunizado contra todas las enfermedades. Pero hay una cosa a la que no se ha acostumbrado: a la injusticia. Sigue sintiéndola como algo intolerable. "Esta hambre de justicia y de confesión atenaza las entrañas del planeta y se traduce en erupciones y convulsiones, como esos nudos y esos cólicos de la naturaleza que dieron origen a las cadenas montañosas". De la misma manera que tenemos necesidad de misericordia, así también, y quizás aún más, tenemos necesidad de justicia. Y la respuesta a esa sed de justicia será el juicio. Que no sólo lo exigirá Dios, sino, paradójicamente, también los hombres, incluso los malvados. "El día del juicio universal, no sólo bajará del cielo el Juez, sino que toda la tierra se precipitará a su encuentro" (P. Claudel).

El Viernes Santo es una ocasión muy apropiada para revivir la verdad del juicio final, sin el cual el mundo y la historia se vuelven incomprensibles y escandalosos. Al visitante que llega a la plaza de San Pedro, la columnata de Bernini le parece, a primera vista, un espectáculo bastante confuso. Las cuatro series de columnas que circundan la plaza se presentan como totalmente asimétricas, como un bosque de árboles gigantescos plantados allí al azar. Pero es bien sabido que hay un punto, marcado en el suelo con un círculo, en el que hay que situarse. Y desde ese punto de observación, la panorámica cambia por completo y aparece una maravillosa armonía: las cuatro series de columnas se alinean como por encanto, como si fuesen una sola columna. Es todo un símbolo de lo que ocurre en esa otra plaza más grande que es el mundo. En él todo nos parece confuso, absurdo, fruto más bien de un capricho del azar que de una providencia divina.

Ya lo observaba así un sabio del Antiguo Testamento: "Una misma suerte —dice— toca a todos: al inocente y al culpable, al puro y al impuro... Otra cosa observé bajo el cielo: en la sede del derecho, el delito; en el tribunal de la justicia, la iniquidad" (Qo 9,2; 3,16). Y en efecto, en todas las épocas se ha visto cómo triunfa la iniquidad, mientras queda humillada la inocencia. Pero para que no pensemos que en el mundo hay algo firme y seguro, hacía notar Bossuet, a veces vemos lo contrario, o sea a la inocencia en el trono y a la iniquidad en el patíbulo. ¿Y qué conclusión sacaba de todo esto aquel sabio del



Reflexiones Católicas.

Antiguo Testamento? "Y pensé: al justo y al malvado los juzgará Dios, pues hay una hora para cada asunto" (Qo 3,17). Así, también él descubrió el punto exacto de observación: el juicio final.

"El destino de los hombres es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio" (Hb 9,27). ¡Cómo cambian de aspecto, vistas desde este ángulo, las vicisitudes de la vida del hombre, incluso las que ocurren en nuestro mundo de hoy en día! A diario nos llegan noticias de atrocidades, cometidas contra los débiles y los indefensos, que se quedan impunes. Vemos cómo personas acusadas de crímenes horribles se defienden con la sonrisa en los labios, traen en jaque a jueces y tribunales y salen libres por falta de pruebas. Como si escabulléndose de los jueces humanos, lo hubiesen resuelto todo. ¡No os servirán de nada, pobrecitos, no os servirán de nada! El verdadero juicio aún no ha comenzado. Aun cuando terminéis vuestros días en libertad, temidos, respetados, incluso con un solemne funeral religioso y después de haber dejado abundantes limosnas para obras piadosas, no os servirán de nada. El verdadero Juez os está esperando detrás de la puerta, y de él nadie se ríe. Dios no se deja corromper. Es terrible caer, en ese estado, "en manos del Dios vivo" (Hb 10,31).

Ya sabemos cómo se va a desarrollar el juicio: "Y entonces dirá a los de su izquierda: Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis" (Mt 25,4 1-43). ¿Y qué será entonces de aquellos que no sólo no dieron de comer al que tenía hambre, sino que se lo quitaron; que no sólo no hospedaron al forastero, sino que hicieron que fuese forastero, desterrado y fugitivo; que no sólo no visitaron al preso, sino que lo metieron injustamente en la cárcel, lo secuestraron, torturaron y mataron

Pero hay también otros hechos en nuestra sociedad que nos conciernen a todos. No hace mucho hemos visto cómo es posible que llegue a instaurarse un sentimiento general de impunidad, merced al cual se rivaliza en violar la ley, en corromper y dejarse corromper, con la excusa de que todos lo hacen, de que es una práctica común, de que es el sistema. Pero mientras tanto, la ley nunca se ha abrogado. Hasta que un día se abre una investigación, y llega la hecatombe.

No se habla de otra cosa en nuestros días. ¿Pero hay alguien que se pare a pensar que ésta es, en realidad, la situación en que vivimos más o menos todos, acusados y acusadores, respecto a la ley de Dios? Se violan alegremente, uno tras otro, los mandamientos de Dios, incluso el de no matar, con el pretexto de que a fin de cuentas todos lo



Reflexiones Católicas.

hacen, de que la cultura, el progreso y hasta la ley humana ahora lo consienten. Pero Dios nunca ha pensado en abrogar ni los mandamientos ni el Evangelio, y ese sentido generalizado de impunidad es totalmente ficticio y un tremendo engaño. Eso que está ocurriendo ante nuestros ojos es una pálida imagen de otra investigación, mucho más dramática, que pende sobre las cabezas de todos. Pero ¿quién se preocupa por eso?

En el ámbito humano, reaccionamos indignados ante la hipótesis del "borrón y cuenta nueva" que cancele todas las responsabilidades penales, pero luego eso es lo que tácitamente pretendemos que haga Dios con nosotros en el ámbito espiritual: borrón y cuenta nueva de todo. No nos basta con un Dios misericordioso, queremos un Dios que sea también inicuo, que avale la injusticia y el pecado. Total — decimos—, Dios es bueno y lo perdona todo. Si no, ¿qué Dios es ése? Y no pensamos que, si Dios accediese a pactar con el pecado, caería por tierra la diferencia entre el bien y el mal, y con ella todo el universo.

No podemos dejar caer en el olvido las palabras que nos han legado las generaciones pasadas: "*Dies irae, dies irae...* — Día de ira será el día aquel...". Habrá motivos para echarnos a temblar cuando aparezca el Juez para cribarlo todo meticulosamente. "*Liber scriptus proferetur* — Se abrirá un libro en el que se contendrá todo y en base al cual se juzgará al mundo". ¿Qué libro? En primer lugar, ese "libro escrito" que es la Sagrada Escritura, la palabra de Dios. "La palabra que yo he pronunciado, ésa lo juzgará en el último día" (Jn 12,48). Después, especialmente para los que no han conocido a Cristo, el libro de la propia conciencia. Un libro que saldrá con el hombre del sepulcro, como un diario. "Entonces se revelarán todos los secretos y nada quedará impune — *nil inultum remanebit*". Será el final de toda la rebeldía humana. No quedará piedra sobre piedra, absolutamente nada.

¿Qué le ha pasado al pueblo cristiano? Antes se escuchaban estas palabras con temor saludable. Ahora la gente va a la ópera, escucha la "Misa de Réquiem" de Verdi o de Mozart, se emociona con las notas del "Dies irae", y sale tarareándolas y tal vez hasta imitando sus movimientos con la cabeza. Pero lo último en que se les ocurre pensar es en que esas palabras les atañen personalmente a ellos y que se está hablando también de ellos. O bien, la gente entra en la capilla Sixtina, aquí en el Vaticano, se sienta, contempla el "Juicio Final" de Miguel Ángel y se queda sin respiración. ¡Pero por la pintura, no por lo que en ella aparece pintado! Incluso el adúltero, el ambicioso, el sacrílego se sienta e intercambia comentarios con el vecino. Pero ni siquiera se le pasa por la cabeza que alguno de aquellos rostros llenos



Reflexiones Católicas.

de terror tenga algo que decirle precisamente a él. Miguel Ángel sí que estaba subyugado por la realidad ("Venid, benditos... Alejaos, malditos..."); nosotros nos quedamos en la representación.

Se ha hablado mucho sobre la restauración del "Juicio Final" de Miguel Ángel. Pero hay otro juicio final que debe ser restaurado cuanto antes: el que está pintado, no en paredes de ladrillos, sino en el corazón de los cristianos. Pues también ése está todo él descolorido y amenazado de ruina. "El más allá (y con él el juicio) se ha convertido en una broma, en una exigencia tan incierta que hasta nos divierte pensar que hubo un tiempo en que ese pensamiento transformaba toda la existencia" (5. Kierkegaard). En algunas basílicas antiguas, el juicio final no se representaba en la parte de adelante, sino en la pared del fondo, detrás de la asamblea. De esa manera, ésa era la visión que la gente tenía al salir de la iglesia y la que se llevaba consigo al volver a la vida. El pensamiento del juicio plasmaba realmente toda la existencia.

De niño vi una escena de una película que ya nunca olvidé. Un puente del ferrocarril se había hundido sobre un río desbordado; a uno y otro lado colgaban en el vacío los dos trozos de la vía. El guarda del paso a nivel más cercano, al darse cuenta, echa a correr al encuentro del tren que viene a toda velocidad, al caer de la tarde, y desde el medio de la vía agita una linterna gritando desesperadamente: "¡Frena, frena, atrás, atrás!"

Ese tren nos representa a nosotros al vivo. Es la imagen de una sociedad que avanza despreocupadamente, al ritmo del *Rock and roll*, embriagada por sus conquistas y sin saber lo que le espera. La Iglesia tiene que hacer lo que aquel guarda: repetir las palabras que un día pronunció Jesús cuando se enteró de un desastre en el que varias personas habían perdido la vida: "Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera" (Le 13,5). O bien las palabras que los profetas iban repitiendo en su época: "Arrepentíos y convertíos de vuestros delitos, y así no moriréis, casa de Israel" (Ez 18,30.31). Éste podría ser uno de los puntos de partida para una nueva evangelización.

Alguien podrá intentar consolarse diciendo que, después de todo, el día del juicio está lejos, tal vez a millones de años. Pero de nuevo Jesús le responde desde el Evangelio: "Necio, ¿quién te garantiza que esta misma noche no te van a pedir cuentas de tu vida?" (cf. Le 12,20). Verdaderamente, el Juez está ya a la puerta" (St 5,9). Aún no habremos terminado de exhalar el último aliento cuando habrá llegado el juicio. Un relámpago y se hará la verdad sobre todo. "Juicio



Reflexiones Católicas.

particular" lo llama la teología; pero que será también definitivo. Sin posibilidad de revisión

Llegados aquí, es preciso disipar un posible malentendido. ¿Por quién suenan las campanas? ¿A quién se le da un toque de atención con estas palabras sobre el juicio? ¿Tan sólo a los incrédulos, a los de fuera? ¡Seguro que no! "Ha llegado el momento -escribe el apóstol san Pedro- de que el juicio empiece por la casa de Dios; y si nosotros somos los primeros, ¿cuál será el final de los que no han obedecido al Evangelio de Dios?" (1 P 4,17). El juicio empieza, pues, por la Iglesia. Más aún, a quien más le han dado, más le exigirán. También en la Iglesia hay quienes no sirven a Dios sino que se sirven de Dios. Entonces llegará el final de todas las diferencias, incluso entre Iglesia docente e Iglesia discente, entre pastores y ovejas. Tan sólo habrá lugar para una diferencia: entre ovejas y cabras", o sea entre justos y réprobos. La campana —o la trompeta— del juicio sonará, pues, para todos. "Dios no tiene favoritismos" (Rm 2,11). "Todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo" (2 Co 5,10).

En el evangelio de Mateo leemos que los sumos sacerdotes, recogiendo las treinta monedas de plata que Judas había arrojado en el templo, dijeron: "No es lícito echarlas en el arca de las ofrendas, porque son precio de sangre" (Mt 27,3ss). Mucho me temo que, en algún lugar, nosotros, los ministros de la Iglesia, no hayamos estado suficientemente atentos y que hayan acabado a veces en el arca de las ofrendas, sin saberlo, dineros y ofrendas que eran "precio de sangre". Así que no sólo el juicio final, sino también el actual, debe empezar por la casa de Dios...

¿Por qué este severo toque de atención, justo durante la liturgia del Viernes Santo? Porque en la muerte de Jesús se ha anticipado el juicio. "Ahora va a ser juzgado el mundo", dijo él mismo poco antes de la pasión (Jn 12,31). El juicio final no será más que la revelación y la aplicación de este juicio irrevocable, de este "¡no!" absoluto que Dios pronunció sobre todo el pecado del mundo. Hasta el punto de que ahora existe un medio seguro para evitar, si queremos, el juicio futuro y asegurarnos por anticipado su resultado favorable: someternos al juicio de la cruz. El Juez futuro está ahora ante nosotros como Salvador y como Rey. Entre el juez y el rey existe una diferencia esencial. El rey, si quiere, puede perdonar: está en su derecho; el juez, aunque no quiera, tiene que hacer justicia: éste es su deber.

Jesús "borró el protocolo —el *chirographum*— que nos condenaba con sus cláusulas y lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz" (Col 2,14). Por tanto, echemos entre los brazos del Crucificado todo el mal que



Reflexiones Católicas.

hayamos hecho, ese "libro escrito" que llevamos dentro, listo para acusarnos. Que nadie vuelva a casa con la voluntad de seguir pecando, con un corazón impenitente. Juzguémonos a nosotros mismos, para que no nos juzgue Dios. Al que se acusa, Dios lo excusa; al que se excusa, Dios lo acusa. Dejemos aquí, en el Calvario, todas nuestras rebeldías, todos nuestros rencores, todos nuestros hábitos impuros, toda la avaricia, todas las envidias, todos los deseos de hacernos justicia por nuestra cuenta. Perdonémonos unos a otros, pues está escrito que "el juicio será sin misericordia para el que no practicó la misericordia" (St 2,13). Vivamos la Pascua atravesando este nuevo mar "rojo" que es la sangre de Cristo.

Esta invitación se dirige a todos, incluso a los que la sociedad, yo no sé con qué derecho, da el nombre de "fieras". En el Calvario, estaban con Jesús dos bandidos: uno de ellos murió blasfemando, el otro pidiendo perdón. El recuerdo del primero sigue siendo aún objeto de temor; el del segundo, de bendición y de esperanza. Todos tenemos hoy la posibilidad de elegir cuál de los dos queremos ser para nuestros hijos, para la sociedad, para la historia. Dios te está esperando para mostrar en ti la fuerza de su gracia. "Hay gran alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepienta". Pero que se arrepienta de verdad por haber ofendido a Dios y dañado a la sociedad, no sólo para conseguir una reducción de la pena. Después de Cristo, nadie debe ya decir lo que dijo Caín después de matar a Abel: "Mi culpa es demasiado grande para que pueda ser perdonada" (Gn 4,13).

En un cierto momento del "Dies irae", se da un cambio de tonalidad: el temblor se convierte en una conmovedora plegaria que parece escrita para este día del año: *"Recordare, Jesu pie, quod sum causa tuae viae* —Acuérdate, buen Jesús, que por mí has venido a la tierra. No me condenes en ese día. Tú me redimiste subiendo a la cruz: que no se desperdicie tanto dolor. *Rex tremendae majestatis, qui salvandos salvas gratis, salva me, fons pietatis* — Rey de tremenda majestad, tú que salvas gratuitamente a los que se salvan, sálvame, fuente de toda piedad". Sálvanos a todos nosotros, cuando vuelva en su gloria para juzgar a vivos y muertos.